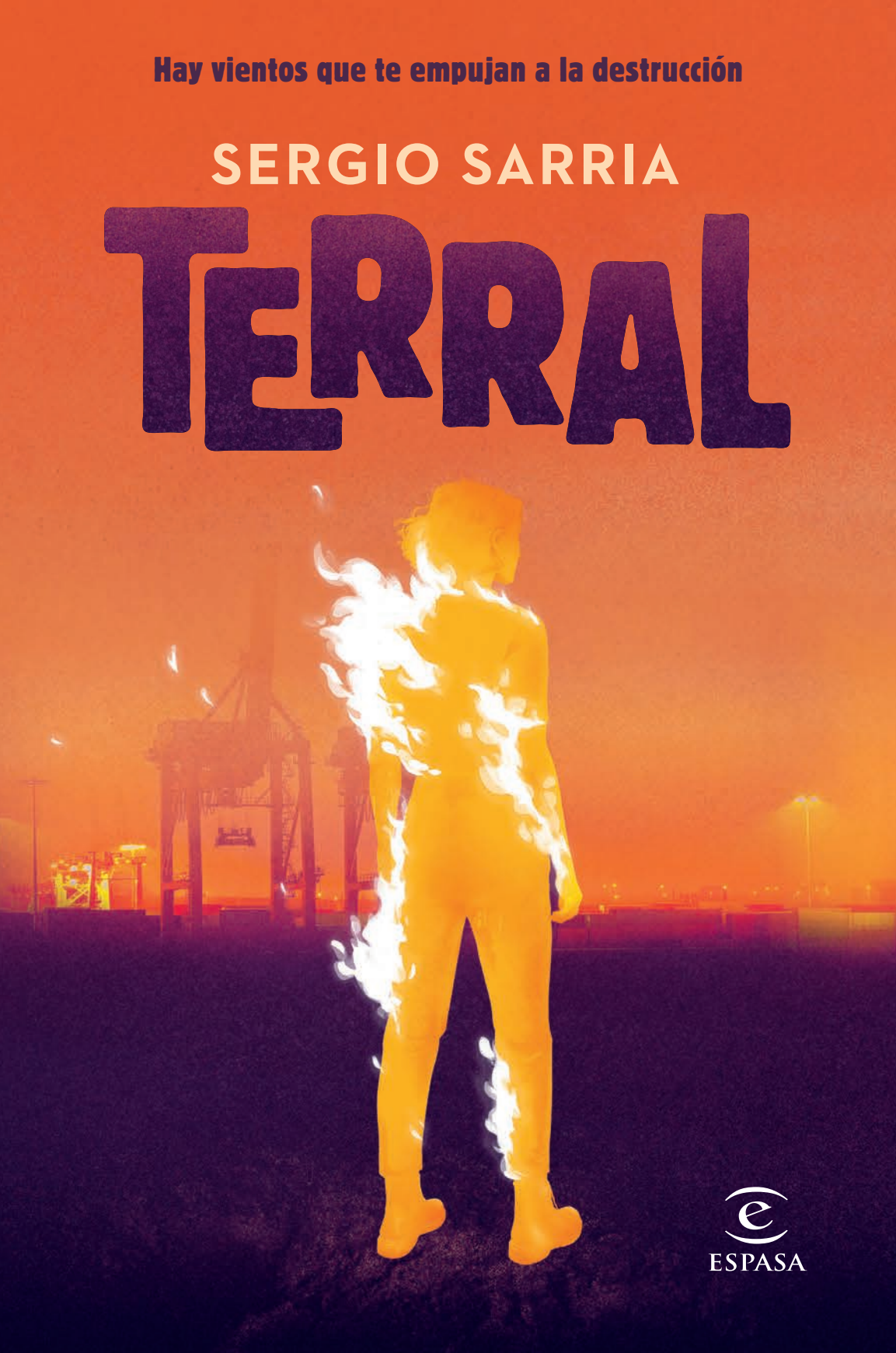
Hay vientos que te empujan a la destrucción

SERGIO SARRIA

TERRAL



ESPASA

SERGIO SARRIA

TERRAL

© Sergio Sarria, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 21.711-2022
ISBN: 978-84-670-6755-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.

Certificado PEFC
Este libroprocede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas
PEFC™
PEFC/14-38-0305
www.pefc.es

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible.**

Primer día de terral

-Miércoles 1 de agosto de 2018-

«Qué no daría yo por empezar de nuevo
a pasear por la arena de esa playa blanca».

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, ocho de la mañana

Aquel primer día de agosto la humedad casi se podía trocear con cuchillo y tenedor. Era de tal densidad que se desparramaba por la ciudad con una consistencia viscosa. Espesa. Casi rancia. Al igual que una mancha de alquitrán invisible, avanzaba desde el mar hacia el interior de la ciudad y se apoderaba de las calles, del aire, de las panaderías, de los quioscos, de las iglesias e incluso de los patinetes arriados en las aceras por estudiantes de Erasmus desalmados.

Aquel tsunami húmedo y pegajoso lo engullía todo a su paso, anestesiando a los habitantes, dejándoles sin fuerzas y aplastándolos contra el suelo. También a Lucía Gutiérrez, que en cuanto abandonó el perímetro de seguridad de su despacho y entró en contacto con aquella calima asesina empezó a sudar frenéticamente.

Un sudor que había conquistado ya por completo su cuello cuando se metió en el coche patrulla y la radio se conectó automáticamente.

—«Cielos despejados y una temperatura media de treinta y dos grados con una humedad relativa del noventa y cuatro por ciento. O lo que es lo mismo, calor, MUCHO CALOR» —enfatizó el locutor de Canal Sur—. «Pero atención que la cosa se complica a partir de mañana. ¿Cuáles son las tres palabras más

temidas por los malagueños? Exacto: llega el terral. Y lo que es peor, está previsto que se quede hasta el jueves, dejando temperaturas en la ciudad cercanas a los cuarenta y dos grados y una sensación térmica de…».

Lucía desconectó la radio de mala gana y se secó el sudor de la nuca con la mano antes de que el locutor acabara de dar la previsión meteorológica. La noticia parecía haberle preocupado. Llevaba el tiempo suficiente destinada en la capital de la Costa del Sol para tenerle el mismo respeto que los malagueños a aquel fenómeno atmosférico.

Después de la feria y la Semana Santa, el terral era el tercer tema estrella de las conversaciones de bar. Entre botellín y botellín de cerveza Victoria, siempre había quien concluía que se trataba de un viento africano que partía de los áridos desiertos del Sáhara, cruzaba el estrecho de Gibraltar y llegaba hasta Málaga para asfixiar a sus habitantes con altas temperaturas. La realidad, como casi siempre, venía a desmontar la épica de los tertulianos de barra.

El terral, como su propio nombre indica, era un viento que llegaba desde la tierra. Concretamente del norte. Y cuando aterrizaba en la ciudad su ardiente caricia, la gente desaparecía de las calles. La realidad, pues, solo coincidía con la leyenda en que su presencia hacía insoportable el día a día en la ciudad.

El vehículo de Lucía llegó hasta el control de seguridad de la Comandancia de la Guardia Civil. La valla retráctil se alzó y la agente de la garita se cuadró ante ella:

—¡Que tenga buen día, mi teniente!

—Eso solo será posible si me pegas un tiro, Muñoz —bromeó Lucía—. ¿No os cansáis de esta puta humedad?

—Ya la echará de menos mañana, mi teniente. Dicen que viene un *terralazo* de estos que te dejan *aplatanao* todo el día.

—¿Y se puede saber entonces a qué esperas para dispararme?

La agente Muñoz sonrió, pero, en realidad, no tenía claro si estaba de broma o hablaba en serio. Con Lucía Gutiérrez nunca había límites claros. Transitaba por las emociones con el pasa-

porte de lo inesperado. Así que, por las dudas, prefirió matizar sus palabras y que la teniente no la pusiera en un aprieto.

—Seguro que luego no es para tanto. Ya sabe lo que nos gusta aquí exagerar.

La oficial asintió. Había algo en el comportamiento de Muñoz, en particular, y de los malagueños, en general, que le fascinaba. Por mucho que detestaran algo de su ciudad, como podía ser el terral, al mismo tiempo lo veneraban. Les llenaba de orgullo. Una contradicción sobre la que habían asentado las bases de su idiosincrasia. La misma paradoja se repetía con el Guadalmedina, un río seco y olvidado que solo servía para separar en dos la ciudad, o las *natas* (una mezcla de algas y restos minerales) que flotaban sobre el mar e impedían que nadie mínimamente escrupuloso se pudiera bañar en la playa, o los constantes descensos del Málaga Club de Fútbol, o el hecho de que la catedral solo tuviera una torre de las dos que deberían estar construidas y a la que se referían cariñosamente como *la Manquita*.

En aquella ciudad de cartón piedra puesta al servicio del turismo de cruceros, de franquicias infames y aberraciones arquitectónicas, los malagueños habían encontrado en los defectos de la localidad los últimos rasgos de identidad. De dignidad. Había una Málaga oficial, de postal, una suerte de parque de atracciones creado para ingleses, alemanes e italianos en la que se disfrutaba de museos, alcohol y playas. Y otra más subversiva, alejada de los filtros de Instagram, que rendía culto a la imperfección, a los borrones de la historia local.

Lucía Gutiérrez había llegado a la conclusión de que cuando Muñoz, o cualquiera de los agentes de la Comandancia, pronunciaban la palabra «terral», no estaban queriendo iniciar una vacía charla de ascensor sobre el tiempo, sino una encendida batalla por conservar un carácter singular y exclusivo, una lucha invisible por invocar su personalidad atávica y no caer en la mediocridad de las ciudades globalizadas. El *terral* era un arma. Un grito. Un adoquín nostálgico que se arrojaba contra las fachadas del Zara, Starbucks o Los 100 montaditos, y con el que se

quería hacer trizas aquel atrezo prefabricado del centro histórico en el que ya solo residían los clientes de Airbnb.

Málaga se moría y hasta una prácticamente recién llegada como ella era capaz de darse cuenta. Lo había visto antes en Madrid. Los comercios tradicionales desaparecían diariamente. Por cada mercería que se cerraba, abrían diez estudios de tatuajes. Alguien había decidido que los habitantes ya no necesitaban botones, telas, tornillos, afilar cuchillos o remendar zapatos. Ahora las urgencias eran otras; hogazas de masa madre, cervezas artesanales y *smoothies*. Se había decretado desde la Administración local que la vida ya no era supervivencia, sino consumo, y fruto del nuevo credo ordenaron demoler la antigua ciudad y construir con las sobras un gigantesco centro comercial.

Por eso siempre que salía el tema de marras, la teniente prefería dejarse llevar a cortarles con uno de sus clásicos y patentados desplantes. A veces, hasta los trozos de hielo como ella podían llegar a empatizar con el desencanto de los demás.

En cuanto abandonó la Comandancia, el aire acondicionado del coche empezó a salir frío y el bochorno quedó reducido por un tiempo a la nada, lo que le provocó cierto bienestar. No mucho, solo lo justo para no echar de menos la posibilidad de que Muñoz le hubiera pegado un tiro en la sien.

En apenas quince minutos se plantó en el Paseo de Reding y aparcó en las inmediaciones de la plaza de toros. Tan rápido como salió del vehículo, el verano le vomitó encima y no quedó un centímetro de su cuerpo por el que no chorreara vaho.

Abrumada, se encendió un cigarrillo y caminó en dirección a la playa. Se metía el humo en los pulmones con ansiedad, como si necesitara más calor en las entrañas. La nicotina era para ella lo que la ayahuasca para los pueblos indígenas del Amazonas; un ritual de curación que le servía tanto para mitigar las malas energías como el estrés laboral, la gripe, un esguince de tobillo o una suspensión de empleo y sueldo. No había casi nada que no combatiera con el tabaco y su chamánico alquitrán.

Lucía apuraba la boquilla del cigarro más preocupada de lo normal. Aunque jamás lo reconocería, estaba aterrorizada por

lo que tenía que hacer esa mañana y ni siquiera fumar le ayudaba a encontrar algo de paz.

Su cuerpo empezaba a acusar más el pánico que el calor. De hecho, recorrió los últimos metros que la separaban de la playa con una extraordinaria lentitud, intentando retrasar aquel momento todo lo posible.

Parada frente al mar, apagó uno y volvió a encender otro. Absorbía los pitillos de forma acelerada. No había duda de que no quería estar allí. Mientras inmolaba sus pulmones con fuertes descargas de nicotina, observó el horizonte.

La brisa agitaba mansamente el agua. Un chico de unos dieciocho años corría por la orilla con el torso desnudo. Una pareja de octogenarios plantaban su sombrilla lo más cerca del mar que podían y un grupo de unas diez personas formaban un círculo sobre la arena. La placidez de la costa a aquellas tempranas horas contrastaba con los nervios de Lucía Gutiérrez, que estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad en cualquier momento.

Antes de que pudiera empalmar otro cigarrillo o experimentar un espasmo, una de las personas que estaba formando el círculo alzó su mano y le indicó que se acercara. Tras un par de segundos, la teniente suspiró, tiró la colilla al suelo y se acercó hasta ellos con resignación.

—Me llamo Lucía Gutiérrez y soy alcohólica.

—¡Hola, Lucía! —respondieron al unísono el resto de adictos.

Málaga pareció recibir entusiasmada su enésima imperfección.

* * *

Valla de Melilla, ocho y media de la mañana

—¿Puedes cerrar la ventanilla? —le preguntó el sargento González a Zaida—. No sé a qué coño huele, pero echa para atrás.

—Huele a mierda. Cuando has nacido en ella, el olor te acompaña toda la vida —respondió la agente mirando al otro lado de la valla, donde un grupo de más de cien inmigrantes, subsaharianos en su mayoría, esperaban agazapados el mejor momento para intentar pasar al otro lado.

A la agente Zaida Slimani sí le resultaba familiar aquel olor que se había colado en el coche patrulla. Era una mezcla de sudor, ropa sucia y sueños rotos. Un aroma profundo de desarraigo. De miseria. De no tener ya nada que perder. El mismo hedor que desprendieron sus padres toda la vida y del que ella, veinticinco años después, todavía no se había podido despojar. Aunque hubiese nacido en España, y no en un pueblucho de Marruecos como sus progenitores, el jabón genérico del Mercadona no podía hacer nada contra el insoportable olor a modestia. Ella, y sus hijos, y los hijos de sus hijos olerían a mierda para siempre.

—¿Crees que van a saltar? —le arrancó de sus pensamientos el sargento.

Zaida echó un nuevo vistazo al otro lado de la valla y prefirió no responder. Se odiaba profundamente por estar allí, por haberse convertido en la persona que les negaría a aquellos infelices su entrada a un mundo un poco mejor. No podía evitar verse a sí misma como una traidora. Una especie de colaboracionista del enemigo. ¿Cómo coño había sucedido? No entró en la Guardia Civil para joderle la vida a los demás, sino para ayudar. ¿Por qué entonces estaba patrullando en la puta valla de Melilla?

La cabeza de Zaida iba a estallar en cualquier momento.

Y encima aquel fuerte olor a mierda no le permitía pensar con claridad y acentuaba todavía más su deslealtad de clase. Sin respuesta para ninguna de sus preguntas, tomó dos pequeñas decisiones: subir la ventanilla y ponerse sus Ray-Ban de aviador. Con ambas iniciativas trató de enmascarar la fetidez humilde de ellos y la suya.

* * *

Puerto de Gibraltar, nueve de la mañana

Un elegante cormorán moñudo planeaba sobre las aguas del estrecho de Gibraltar como si no existiesen las fronteras. Teñido de riguroso negro, aquella especie de Johnny Cash alado se había desviado unos metros de su ruta habitual, cerca de los acantilados del Peñón, encaprichado de una anguila.

Hasan contemplaba embelesado la cresta del animal desde uno de los espigones del puerto. Aunque el pelo del joven raleaba preocupantemente, no era el espléndido moño lo que más envidiaba del ave, sino su total libertad. Su completo desconocimiento de los límites y los mapas. El capricho era el único papel que necesitaba para moverse por tierra, mar o aire. Que él supiese, aquel era un privilegio del que solo disfrutaban en este mundo los pájaros y los europeos.

Ajeno a las reflexiones del joven marroquí, el cormorán abrió el pico, encogió las patas y se sumergió en el agua a gran velocidad. Al cabo, emergió a la superficie engullendo a su presa.

En la distancia, la vida parecía sumamente sencilla; si querías comer, solo había que mojarse. Por desgracia, fuera de aquella postal marinera, en tierra, todo era mucho más complicado, y si Hasan había conquistado su lugar en el mundo y algo parecido a un estilo de vida, se debía a una sencilla razón: tuvo que hacer cosas mucho más indignas que darse un simple chapuzón.

Pero esta sería la última vez. Se lo había prometido a sí mismo. Ya no necesitaba nada más. Tenía papeles, casa, coche y una sencilla pyme dedicada al transporte. Se había pasado la última pantalla de aquel videojuego llamado socialdemocracia. A partir de ahora podría ser como aquel pájaro. Hasta tenía dinero ahorrado para injertarse en Turquía una cresta como la suya.

Cuando su reloj marcó las nueve de la mañana en punto, el chico tomó del bolsillo de su pantalón un teléfono móvil de prepago y escribió un escueto SMS: «Los patos han echado a volar». Tan pronto como presionó el botón de enviar, arrojó el teléfono al mar.

Mientras el artefacto se hundía en las frías aguas del Atlántico, Hasan echó un último vistazo al horizonte. Ya no había rastro del cormorán y, por alguna extraña razón, su desaparición le inquietó como si fuera un mal augurio.

* * *

Bruselas, Grand Sablon, nueve y cuarto de la mañana

—¿Puedes dejar de jugar con el móvil mientras desayunamos? —riñó Julie a su hijo en francés.

—No estoy jugando, estoy mirando el tiempo —contestó el pequeño en inglés y, seguidamente, dio un sorbo al zumo de naranja.

—Vivimos en Bruselas, no hay que ser Siri para saber que va a llover seguro —replicó su madre también en inglés, arrebatándole el iPhone de mala gana.

A Julie le costaba ser tan estricta con su hijo, pero sabía que era la única forma de que un niño acomodado no terminara siendo un gilipollas redomado el día de mañana. Aunque vivían en una fabulosa casa de tres plantas en Grand Sablon, la parte alta de la ciudad (y también la más exclusiva), Julie se esforzaba por mantener los pies en el suelo.

Reciclaba, llevaba a su hijo a un colegio público, iba en bicicleta a todos los sitios, procuraba no llevar ropa cara en presencia de la chica de servicio… Hasta votaba a los verdes. En su cabeza, nadie podía detectar que era una privilegiada, lo cual la convertía en diez veces más pija que el resto de sus vecinos, a los que les divertía horrores los esfuerzos de aquella pequeña burguesa por disimular que la vida le iba bien.

Lucrecia entró en la cocina y con enorme prudencia interrumpió el desayuno.

—Éric, tenemos que irnos ya o llegarás tarde a tus clases de fútbol —dijo en un pobre francés la asistenta de origen latino.

Tan pronto como la vio entrar, Julie escondió el iPhone en el bolso para que Lucrecia no se sintiera incómoda. A saber si aquella

chica se podía permitir si quiera un móvil. Julie tenía extremo cuidado con aquellas cosas. No se permitía un error. El tacto y la empatía con los más desfavorecidos en esa casa eran una auténtica religión. Si alguna vez se compraba un bolso en Louis Vuitton, se tomaba la molestia de meterlo en una bolsa de H&M antes de entrar en casa. Si ella llevaba unos pendientes caros de Dior, le compraba exactamente los mismos para que no se sintiera en inferioridad. Hasta su hijo daba clases de fútbol y no de equitación para facilitarle las cosas. Si Lucrecia supiera todo lo que hacía por ella, estaba segura de que le daría un sentido abrazo o le pondría su nombre a uno de sus muchos hijos. Pero, por supuesto, Julie no quería eso. Para ella no había mejor recompensa que su asistenta sintiera que eran prácticamente iguales.

Éric y Lucrecia se despidieron y salieron de su preciosa casa reformada del siglo XIX. Ya a solas, Julie fue hasta su dormitorio y rebuscó en el cajón de su mesilla. Al lado de un recién adquirido Satisfyer Pro, encontró lo que estaba buscando: un teléfono móvil de prepago.

En la pantalla había un mensaje sin leer: «Los patos han echado a volar». Julie sonrió y echó a andar por el pasillo entonando el estribillo de *Quand on n'a que l'amour,* de Jacques Brel. Como si fuera parte de la melodía, subió por las escaleras con la misma ligereza arrebatada. El mundo no se merecía una criatura tan portentosa.

En la tercera planta, dejó de tararear y fue hasta su despacho. Con una pequeña llave que tenía guardada en el bolsillo del pantalón, abrió el segundo cajón y tomó otro teléfono móvil. De la misma forma que si fuera un mensaje predeterminado, Julie escribió automáticamente: «Los patos te esperan. Y las serpientes también». Y, seguidamente, buscó en la lista de contactos el único número que había agendado y lo envió. En cuanto acabó aquella pesada tarea administrativa, retomó el estribillo de *Quand on n'a que l'amour* y su delicioso universo de buenas intenciones.

* * *

Melilla, Cañada de Hidum, nueve y veinte de la mañana

Yusuf tenía algo de prisa, así que decidió aligerar por las estrechas callejuelas de la Cañada de Hidum. En su apresurado camino se iban sucediendo un número infinito de infraviviendas más propias de los barrios de chabolas de la cercana Tánger que de un área residencial europea. Casas que se habían construido sin licencia ni plan urbanístico alguno y que sobrevivían como frágiles castillos de naipes hasta que el viento o los responsables de Urbanismo decidieran echarlas abajo algún día.

A diferencia de los balcones de los barrios cristianos de la ciudad, allí no había banderas. Ni de España ni mucho menos de Marruecos. Allí solo había ropa lavada recién tendida, que es la bandera de la gente que ha dejado de existir, que no aparecía censada ni en un país ni en el otro. Fantasmas que habían hecho de un lugar de tránsito su improvisado hogar, así que era lógico que colgaran con orgullo su emblema espectral: las sábanas de color blanco.

Ni siquiera Yusuf, que se había criado en aquel laberinto de calles serpenteantes, conocía con precisión la caótica cartografía del suburbio y, de repente, se encontró en un callejón sin salida que frenó su carrera. Cuando se quiso dar la vuelta, se topó con un Mercedes Benz de color blanco roto que obstaculizaba por completo su camino.

Las puertas de aquella antigualla de los años noventa se abrieron al unísono con una precisión coreografiada y dejaron ver a los hermanos Iberdrola; Usama y Rachid, a los que se conocía así en el barrio porque se dedicaban a hacer enganches ilegales a la luz a los vecinos que no podían pagarla. Tanto uno como el otro estaban rapados y lucían espesas barbas negras. Su presencia atemorizó inmediatamente a Yusuf.

—¿Qué te parece el cabrón de mi hermano comiendo jamón? —dijo Usama, señalando la bolsa de patatas fritas que tenía su acompañante en la mano.

—Que ya te lo he dicho, cojones, que solo llevan aceites vegetales, nada de cerdo —se justificó Rachid señalando los ingre-

dientes de su bolsa de patatas Ruffles sabor jamón—. Si es solo por matar el gusanillo. ¿A que tú me entiendes?

Yusuf se encogió de hombros sin comprometerse demasiado. No sabía si le estaban vacilando o realmente querían conocer su opinión. Lo único que tenía claro era que cuanto menos hablara, más posibilidades tendría de salir de allí sin un guantazo en la cara.

—¿Lo ves? Él me entiende, es un musulmán moderno. ¿Has probado las de jamón york y queso? Están de puta madre también —dijo Rachid sin dejar de comer.

—¿Esas también te las comes? Estás tensando mucho la cuerda con el profeta, hermano —le reprochó Usama, que no terminaba de creer que realmente tuvieran un origen vegano ni le hacía gracia el vacío legal que se planteaba en el Corán.

—Al profeta lo que le molesta es lo que hace este cabrón. ¿Por qué te has puesto a correr cuando nos has visto? —cambió de tema y de tono Rachid—. ¿Qué pasa, que te caemos mal?

El joven marroquí volvió a encogerse de hombros. Precisamente había echado a correr para no tener que darles explicaciones, y ahora se encontraba entre la espada y la pared.

Irritado por los silencios de Yusuf, Usama se acercó al joven. Prácticamente a un palmo de sus narices, se encendió un cigarrillo y le dio una larga calada.

—¿Cuánto hace que no vienes a la mezquita? Un año lo menos, ¿no? —le preguntó, e inmediatamente le echó el humo en la cara dejándole claro que, aunque no dijera ni una sola palabra, ya estaba condenado.

—Yo me he quitado de eso —se atrevió finalmente a contestar Yusuf, conocedor de que, a pesar de su prudencia, inevitablemente se iba a llevar un buen par de hostias.

—¿Quitarte? ¿De qué coño estás hablando? Que eres musulmán, no cliente de Vodafone —intervino Rachid en la distancia, que podía amenazar sin dejar de comer patatas fritas con toda la naturalidad del mundo.

—Tú ya me entiendes, no quiero líos.

—¿Y cincuenta euros? ¿Quieres cincuenta euros? Solo tienes que venir mañana con nosotros a la mezquita Blanca y son tuyos. Sabes que siempre cumplimos —dijo Usama echándole de nuevo el humo en la cara.

—No puedo, me ha salido un curro… —respondió Yusuf, dándole más información de la que quería.

—¿Me vas a despreciar el dinero, capullo? ¿Tú te crees muy chulo?

La frente del barbudo Usama se acercó a la cabeza de Yusuf. En la Cañada de Hidum, la tragedia aguardaba detrás de cada esquina, no en vano todos en Melilla conocían aquel barrio como «la Cañada de la Muerte».

Después de mirarle a los ojos, Usama cimbreó su cuello hacia atrás y lo golpeó con todas sus fuerzas, abriéndole la cabeza a Yusuf. Fue cuestión de segundos que el chico cayera al suelo desconcertado.

Cuando todo parecía indicar que se iba a cebar con él a puñetazos, Rachid le frenó.

—Anda, déjale ya. Vamos a por una Coca-Cola, que me ha entrado sed.

—Si la semana que viene no te vemos en la mezquita, no seremos tan amables.

Sin querer darles tiempo para que se arrepintieran de su decisión, Yusuf se puso de pie y echó a correr de nuevo por los callejones de la Cañada. Aunque le sangraba la cabeza y estaba algo desorientado, logró llegar a su casa sin más incidentes.

Agotado por la carrera, llamó al ascensor hasta que recordó que los vecinos lo habían bloqueado arrojando basura por el hueco. Maldiciendo su mala suerte, el chico subió por las escaleras siete pisos con el corazón en la boca.

Los peldaños estaban desgastados y colmados de colillas aplastadas. Cada vez que pisaba con fuerza, los escalones temblaban como si fueran a venirse abajo en cualquier momento.

Pero no lo hicieron y Yusuf pudo entrar al fin a su domicilio.

—¿Qué te ha pasado en la frente? —le preguntó Fátima nada más verle.

—Que me he caído por las escaleras —dijo sin mucha convicción, dejando que su mujer resolviera sola lo que había ocurrido en realidad.

Sin tiempo para intercambiar más palabras con Fátima, fue directamente a lo que se podía considerar una cocina. Después de cerrar la puerta, el joven se agachó y golpeó los azulejos hasta que uno de ellos se movió. Con cuidado, lo desencajó y en el hueco apareció un teléfono móvil de prepago con un mensaje sin leer: «Los patos te esperan. Y las serpientes también».

* * *

Pinos de Rostrogordo, zona fronteriza hispano-marroquí, nueve y media

Tal y como le habían soplado en Nador, entre los Pinos de Rostrogordo y el río Nano, alrededor de cien subsaharianos, protegidos con guantes en las manos y ayudados de zapatillas con clavos, estaban a punto de saltar la valla. No era así como lo había planeado Ibrahim, pero después de que le hubieran pillado siete veces en el último mes intentando saltar al ferri de Barcelona, tuvo que buscar otra alternativa y aquella fue la que más le convenció.

Ibrahim miró al otro lado y contempló a los agentes de la Guardia Civil. Mentalmente trazó el recorrido ideal para intentar llegar hasta el otro extremo de la valla en suelo español. Si lo hacía lo suficientemente rápido, lo podría conseguir.

Con quince años recién cumplidos, su cerebro era como el de cualquier adolescente, entendía el riesgo como parte de un juego. Ni siquiera imaginaba la muerte como algo definitivo, sino como una travesura más. Un castigo que quedaría en nada al día siguiente.

Al contrario de los subsaharianos, que sabían perfectamente lo que se jugaban intentando sortear concertinas y pelotas de goma, para Ibrahim había algo lúdico en todo ello. Incluso com-

petitivo. No solo quería llegar a Melilla, además quería hacerlo mejor que todos los demás. Aquella mañana no se levantó como un inmigrante más, sino como un atleta. Quería seguir la estela de El Guerrouj o Saïd Aouita, no la de aquellos negros con cara de asustados.

Una mujer del grupo silbó y marcó el fin de la tensa espera. Ibrahim contempló a los primeros valientes trepar por la valla y de inmediato quiso arrebatarles el primer puesto de la carrera. Con la rapidez de un trueno, le robó a uno de ellos una manta con la que hacer más leves los pinchos de las concertinas y se transformó en un plusmarquista de los mil quinientos metros. En su cabeza, casi podía escuchar al estadio corear su nombre.

* * *

Málaga, playa de la Malagueta, nueve menos veinte de la mañana

La teniente no imaginaba que pudiera existir algo peor que escuchar a otros borrachos quejándose de sus vidas y sus circunstancias. Parloteaban sin cesar como si el simple hecho de rememorar el pasado fuera una pócima mágica que acabara milagrosamente con su enfermedad, como si el consuelo de los demás les hiciera abstemios de golpe. En cierto modo, les compadecía. Estaban tan cegados por aquella agradable sensación de estar curándose que eran incapaces de darse cuenta de que habían cambiado una droga por otra mucho más adictiva; la esperanza.

Por desgracia para la oficial, escuchar aquellos testimonios durante casi una hora no iba a ser lo peor que le ocurriera.

Las cosas se complicaron todavía más cuando llegó su turno y se convirtió en el centro de todas las miradas.

A Lucía Gutiérrez le molestaba de la misma forma tenerse que abrir ante completos desconocidos que las forzadas consignas de aliento que le lanzaban sus compañeros de Alcohólicos Anónimos para que lo hiciera.

«Vamos». «Valiente». «Te vas a quedar nueva». «No te lo quedes dentro». «Ánimo». «A mí también me costó». La teniente los oía y no tenía claro si estaba rodeada de adictos o de escritores de libros de autoayuda. Sinceramente, se había compuesto una imagen muy diferente de cómo sería aquella gente. Los imaginaba un poco como ella: pesimistas, sin ganas de engañarse, con ganas de asumir que, aunque hubieran cambiado de rumbo, ya habían fracasado. Les habían fallado a sus familias, a sus amigos…, a ellos mismos. Nada de eso se podía afrontar con aquella actitud infantil. Con ese maldito entusiasmo. Parecía incluso que hablaban con orgullo, como si trataran de demostrar que gracias a aquella adicción ahora eran mejores personas. Estaba convencida de que sus problemas de alcoholismo no merecían un sacrificio tan grande.

Ciertamente, Lucía Gutiérrez tenía claro que ella no era como ellos. Es posible que ni siquiera estuviera tan enganchada a la bebida como aquella panda de *hooligans* de la motivación. Si había terminado allí no era porque tuviera un problema grave. En realidad, era tan solo el resultado de una promesa a Claudia. Puede que hubiera bebido un poco más de la cuenta durante los dos últimos años, pero era casi normal. Muchos cambios en poco tiempo; una nueva ciudad, un ascenso a teniente con el que no se sentía especialmente cómoda… Todo eso iba a pasar. No necesitaba terapia, solo algo más de tiempo.

—Venga, Lucía, todo va a salir bi… —insistió una vez más uno de los adictos hasta que la teniente lo frenó en seco.

—No te conviene nada terminar esa frase, Paulo Coelho.

—¿Por qué? —le preguntó el exalcohólico interesado, fingiendo que tenía respuestas para ella, con la profunda y asquerosa creencia de que con siete meses sin beber te convalidaban la carrera de psicología.

—Porque aunque deje de beber, aunque cambie la ginebra por café, aunque venga todos los días aquí a darme palmaditas en el pecho como vosotros por haber superado una adicción, mañana, y pasado mañana, y al día siguiente, mi hija ya no se

va a fiar de mí. Cada minuto que me retrase. Cada gesto raro que me vea. Cada Nochevieja que alguien saque cava para celebrar el Año Nuevo. Cada vez que me ausente una noche por trabajo. Cada vez que se me trabe la lengua… Cada vez que ocurra eso, voy a tener que vivir con sus sospechas, con su desconfianza, con su miedo a que vuelva a ocurrir. Así que no, nada va a salir bien…

Lucía Gutiérrez decidió acabar en cinco minutos su rehabilitación. El consuelo era para los débiles. Ella podía convivir con las miradas impertinentes de los demás. Lo había hecho prácticamente toda su vida, incluso cuando no era una borracha. No necesitaba perdonarse, y mucho menos si para hacerlo debía recurrir al pensamiento mágico y a la fe en sí misma.

Sin despedirse de nadie, se encendió un cigarrillo y caminó sobre la arena rumbo al paseo marítimo. El grupo de alcohólicos la miraba marcharse cariacontecido. Aquella mujer era peor para su estado de ánimo que una recaída.

—¿Te veremos mañana? —preguntó Juan, el que parecía llevar las riendas de la terapia y el que más callado de todos había estado.

—Lo siento, esto no es para mí —dijo sin mirar atrás, dando una calada al cigarrillo.

Puede que la salida hubiera sido algo abrupta, pero al menos se felicitaba por no haberles echado en cara que no era como ellos. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más le apetecía manifestarlo. Ser sincera no la iba a convertir en peor persona o en más alcohólica. Su vida iba a ser igual de horrible con una verdad más o menos en el mundo.

—Yo no soy como vosotros —sentenció en la distancia.

La frase de despedida le provocó una sonrisa a Juan, que en aquel momento tuvo la certeza de que Lucía Gutiérrez era exactamente igual que todos ellos: una muerta de miedo.

* * *

La Línea de la Concepción, nueve menos cuarto de la mañana

Hasan atravesó la verja, eufemismo que utilizaban los españoles para no llamar «frontera» al puesto de control policial entre Gibraltar y La Línea, a bordo de su recién adquirido Audi A4 de segunda mano. Aunque era un coche con bastantes desperfectos y un tanto destartalado, a él le servía para marcar las distancias con el resto de sus vecinos del barrio de El Saladillo. Para la gente como él, la escala social no venía dada por su posición real en la sociedad, sino por donde él pensaba que estaba situado. Hasan era algo así como un chihuahua: si veía un perro más grande que él, su mente le jugaba una mala pasada y le hacía pensar que eran de la misma estatura.

No tardó tanto en llegar hasta Algeciras como en encontrar una plaza de aparcamiento libre, pero en cuanto lo hizo apareció de la nada una yonqui con los ojos prácticamente vueltos, zigzagueando por la acera como si en lugar de andar por el asfalto lo hiciera sobre un cable suspendido en un desfiladero. La clase de persona que más abundaba en el Campo de Gibraltar y, al mismo tiempo, la que más rechazo causaba.

—No tengo suelto —se apresuró a decirle Hasan para quitársela de en medio antes de que le tratara de cobrar el impuesto revolucionario por «ayudarle» a estacionar.

—Ni yo te lo he pedido —se defendió la chica mientras sacaba un teléfono del bolsillo trasero de su pantalón—. Toma, de parte de quien tú sabes —dijo después de entregárselo.

—Me habían dicho que esta sería la última vez…

—Pues si te lo has creído, es que ibas más puesto que yo —le contestó la drogadicta echándose a reír y mostrando que le faltaban la mayor parte de las piezas dentales.

Aquella espeluznante sonrisa le resultó más perturbadora que una simple amenaza.

* * *

Valla de Melilla, nueve menos diez de la mañana

—¡La madre que me parió, Zaida! Saca la porra de una puta vez —le exhortó el sargento González al darse cuenta de que los más de cien inmigrantes se disponían a descender la valla en su intento de llegar a suelo español.

Los agentes de la Guardia Civil, en clara inferioridad numérica, se habían distribuido a lo largo de una franja de doscientos metros después de activar el dispositivo antiintrusión, y se preparaban para repeler lo que la prensa había denominado ladinamente como una «avalancha» de subsaharianos.

Les veían trepar en la distancia con malestar. Ninguno disfrutaba teniendo que frustrar los sueños de gente tan humilde, pero qué otra cosa podían hacer. Solo cumplían órdenes y estas no eran otras que ser expeditivos con todo aquel que tratara de pasar al otro lado o sufrir una sanción.

Al primero en apearse de la valla, el sargento le arreó un garrotazo en las costillas que le quitó por completo las ganas de seguir corriendo. De rodillas y dolorido, el inmigrante pudo contemplar cómo el resto de sus compañeros intentaban la hazaña con la misma poca fortuna que él.

Los agentes iban repeliendo uno a uno a todos los que bajaban. Para los más hábiles, los que lograban sortear la primera tanda de golpes, una segunda unidad disparaba pelotas de goma, haciendo casi imposible cualquier huida.

Algo más alejada de la contienda, Zaida permanecía bloqueada. Contemplaba la escena como si fuera una mera espectadora. Resultaba difícil ubicarla en un bando o en otro. Aunque llevaba el uniforme de la Guardia Civil, su cara reflejaba la misma consternación que si le estuvieran castigando a ella las costillas. Sostenía la porra en sus manos temblorosas mientras se preguntaba qué derecho tenía a impedirles a otros que cruzaran la frontera y pudieran optar a las mismas oportunidades que tuvieron sus padres años atrás.

Sin haber encontrado una respuesta que le satisficiera, el ritmo cardiaco se le disparó cuando Ibrahim se interpuso en su

camino. Sucedió de manera casual. El muchacho corría en zigzag tratando de esquivar a todos los agentes con los que se iba tropezando hasta que se dio de bruces con ella. Resultaba paradójico que fuera el miembro más pasivo de la unidad el que le hubiera frenado en seco.

Incómoda con el encuentro, Zaida persistió en su inmovilismo y se quedó delante de él sin mover un solo músculo. A simple vista le pareció que el chico también era marroquí. Incluso tenía el mismo color de ojos que ella. El leve, pero indudable parentesco motivó que el arma le pesara todavía más. Casi el doble. Apenas ya podía cargar con ella cuando se dio cuenta de que si sus padres hubieran fracasado en su intento de llegar a España, aquel chico podría ser ella misma.

Perseguidora y perseguido se contemplaron frente a frente un segundo. Tanto el uno como la otra sabían que aquello solo podía acabar de una forma: con un golpe de porra. Tan solo era cuestión de tiempo. No convenía dilatarlo en exceso.

Sin embargo, el tiempo pasaba y lo inevitable no terminaba de ocurrir. Ibrahim no tenía claro lo que estaba pasando. Tampoco podía pensar con claridad. Tenía serias dificultades para respirar. La carrera y aquel inesperado encuentro le habían dejado sin aire. Exhausto. Solo había necesitado cien metros de *sprint* para comprobar que no era tan resistente como El Guerrouj. No estaba hecho de la misma pasta que sus ídolos. De pronto, el hechizo se deshizo y dejó de escuchar al estadio corear su nombre. Ya no era un atleta de medio fondo, sino un inmigrante más que estaba a punto de caer desplomado al suelo.

Tan abatido se encontraba que casi le imploró a Zaida con los ojos que lo hiciera cuanto antes, que no alargara su agonía y lo golpeara de inmediato.

Pero ella permanecía inmóvil. Petrificada. Un estado catatónico que solo abandonó para mover los labios y susurrarle en árabe:

—¡Corre!

Desconcertado, el chico dio un paso atrás para medir la veracidad de sus palabras. Al comprobar que Zaida se lo permi-

tía, sacó fuerzas de flaqueza y corrió como alma que lleva el diablo hasta la siguiente verja, con el ánimo decidido de no volver a fallar.

—¿Para quién coño trabajas? —le recriminó uno de sus compañeros después de que el joven esquivara la última pelota de goma en la distancia y saltara a territorio nacional.

Zaida prefirió no contestar. Desde donde estaba podía ver cómo Ibrahim era recibido entre aplausos por los otros diez osados que habían logrado llegar hasta suelo español. Incluso lo manteaban. Ibrahim por fin era un atleta celebrando una medalla de oro para su país.

La joven lo miraba con una mezcla de ternura y temor. Si bien había aliviado su sentimiento de culpa, tenía claro que aquella mañana la vida había repartido suertes dispares para dos marroquíes; a uno le había regalado una oportunidad y a otra, un problema con sus superiores.

* * *

Bahía de Málaga, una del mediodía

Yusuf se colocó en la proa del ferri y divisó al fondo la ciudad de Málaga. Sin embargo, no fue el *skyline* del puerto lo que llamó su atención, sino las tremendas olas que provocaban en el mar la velocidad del barco. Un oleaje que se desplazaba indómito hacia la playa y que la sabiduría popular había dado en llamar «la ola del Melillero», como se conocía al barco que realizaba la ruta marítima entre Melilla y Málaga.

El pequeño tsunami terminó por llegar a la costa y empapó a todos aquellos que estaban en la orilla y no tenían controlados los horarios del ferri para alejar sus pertenencias unos metros más adentro.

Completamente ajeno a la fiesta que se vivía en tierra, donde aquel fenómeno se fotografiaba más que cualquier exposición del Pompidou, Yusuf se mostraba intranquilo en la cubierta del

barco. Algo le preocupaba y no dejaba de mirar el teléfono de prepago esperando alguna noticia que no terminaba de llegar.

Para combatir aquella creciente ansiedad, Yusuf aprovechó que acababan de dar la una para arrodillarse y rezar el *salat* del mediodía. La oración siempre le calmaba, y cuando no lo hacía, al menos le ayudaba a contemplar los problemas desde otra perspectiva menos dramática. Convencido de que, de una forma o de otra, su situación mejoraría, alzó los brazos al cielo y comenzó a salmodiar.

Verle de rodillas recitando que «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta» causó algo de revuelo entre el pasaje de origen católico, que desde los atentados de 2004 no veía con buenos ojos escuchar a un adulto orar en árabe en un transporte público, ya fuera un avión, un tren o el propio Melillero. El alboroto y la indignación fue aumentando hasta que un agente de la seguridad privada del ferri le pidió que dejara de hacerlo.

—Si no vas a respetar nuestras costumbres, te has equivocado de país —le recriminó el guardia solemnemente.

* * *

Puerto de Málaga, una y media del mediodía

La humedad caía sobre los trabajadores del puerto como una lluvia de vapor cuando un carguero inglés llegó procedente de Algeciras al muelle 3. En apenas media hora, una grúa fue apilando los contenedores sobre la terminal de descarga.

—Se ha quedado el día para comerse un buen puchero, ¿eh, Manolo? —bromeó un agente de Aduanas de la Guardia Civil con el operario que estaba llevando a cabo el registro de los contenedores mientras le ofrecía un pitillo.

Se trataba de Pablo Sánchez, un tipo alto, moreno y guapo, de esos que se movían por la vida como si tuvieran una pulserita de todo incluido y entendían que el mundo les pertenecía por el simple hecho de tener una cara bonita. Tenía unas pati-

llas anchas y el pelo engominado hacia atrás. Era guardia civil como podía ser torero. A todas luces había sido fabricado en un molde industrial de señoritos andaluces y dotado con un potente *software* de lugares comunes y viejas esencias sureñas. Daban igual los litros de Eternity de Calvin Klein que se echara después de la ducha, que siempre olía a una mezcla precisa de incienso, serrín de taberna, vino dulce añejo y jarana decente. Aunque tuviera aspecto humano, era el resultado de cientos de años de trabajo de laboratorio perfeccionando tópicos y clichés.

—Ni de fumar tengo ganas, con eso te lo digo todo. ¡Qué *pechá* de *caló*! —le respondió el operario rechazando el cigarrillo.

—Y mañana terral…

Manolo puso mala cara, dando a entender que hasta un cubo de plomo hirviendo rociado por la espalda le resultaba más soportable y fresco que un día de terral.

—Y digo yo… —retomó el agente la conversación—, con la *caló* que hace, ¿por qué no te vas a tu casa y me dejas a mí este follón?

A Manolo le gustaría decir que la propuesta le sorprendió, pero lo cierto es que no era así. Cada cierto tiempo y con determinadas descargas, el agente de Aduanas Pablo Sánchez se presentaba allí y le hacía un ofrecimiento parecido.

A cambio de no mirar, recibía una jugosa cantidad de dinero días más tarde. En todos los puertos se hacían chanchullos del estilo, y si no era él, sería otro, así que se había convencido de que aquello no era tan grave. Una sola persona no iba a acabar con la droga, el contrabando de tabaco o la ropa falsificada cuando hasta las fuerzas de seguridad del Estado participaban de ello. Pragmático hasta la médula, Manolo pensaba que era mejor llevarse un buen pellizco de todo aquel tinglado y que fueran los políticos los que pusieran soluciones.

Con absoluta discreción, el operario le cedió la hoja de registro a Sánchez y se marchó de la terminal con la conciencia tranquila.

En cuanto lo vio alejarse, el guardia civil procedió a anotar el número de serie de todos los contenedores, el lugar de proce-

dencia y la hora de llegada. De todos, menos uno. El *container* número 35904, procedente del puerto de Algeciras y que había llegado a bordo del barco Exeter, quedó misteriosamente sin constancia. Sin registro. De un plumazo, dejó de existir, como un bebé muerto sin bautizar o la estación de otoño en aquella ciudad con tendencia a vivir en un verano perpetuo.

Tan pronto como acabó el papeleo, Pablo Sánchez entró en su coche y tomó de la guantera un teléfono móvil de prepago. Sin llegar a entrar en el vehículo escribió: «Los patos han llegado y esperan a mamá pato».

Después de enviar el SMS al único número que tenía agendado, se acercó al muelle de atraque y lo arrojó al mar.

Y, después, suspiró tan administrativamente que parecía que para él aquello no era más que otra pesada tarea burocrática, otro día sin brillo en la oficina. Poca cosa para el Curro Romero de las Aduanas, que solo disfrutaba de lo suyo en tardes y plazas escogidas.

Sin embargo, no era una tarde cualquiera. Alguien más se encontraba allí convirtiendo su jornada laboral en algo excepcional. Alguien que no dejaba de hacerle fotografías con un teleobjetivo, escondida tras un contenedor.

* * *

Melilla, Comandancia de la Guardia Civil, dos de la tarde

Los pies de Zaida bailaban inquietos sobre el suelo de mármol. Llevaba un cuarto de hora esperando a que el capitán Moreno la recibiera después de su incidente en la valla y cada minuto que se retrasaba, el castigo que imaginaba era mayor.

Quería convencerse de que la sanción no podía pasar de una pequeña suspensión de empleo y sueldo, pero el miedo le dibujaba panoramas tan escalofriantes como la expulsión del cuerpo.

Los temores suelen ser irracionales, pero en el caso de Zaida tenían cierto fundamento. No era la primera vez que debía

hablar con el capitán por un motivo similar. En realidad, en los últimos seis meses, había visitado aquel despacho hasta en cuatro ocasiones y en todas ellas la causa era siempre la misma: quedarse bloqueada en situaciones de alta tensión. La tibieza era un pecado que no se podía permitir ningún agente, pero más aún si estaba destinado en Melilla, donde la posibilidad de que se dieran escenarios de crispación era el pan nuestro de cada día.

Zaida se estaba mordiendo las uñas cuando el capitán Moreno salió por la puerta y le indicó con un gesto seco que entrara a su despacho. La ausencia de diálogo provocó que la agente se temiera lo peor. En su cabeza ya era posible hasta que la obligaran a desfilar desnuda por los pasillos de la Comandancia.

—¿Qué cojones vamos a hacer contigo?

El capitán Moreno ni siquiera esperó a que Zaida terminara de sentarse para manifestarle su descontento. Con parsimonia, como si buscara las palabras correctas, el oficial se sirvió un *whisky* con hielo.

El lento ritual acabó por crispar los nervios de la joven agente, que se lanzó a declararse culpable inmediatamente.

—Lo siento mucho, mi capitán. No volverá a pasar.

—Me gustaría creerte, pero me dijiste exactamente lo mismo las cuatro veces anteriores. Tus promesas duran menos que el hielo en esta ciudad —dijo el capitán mostrándole que el calor había derretido ya el cubito por completo.

—¿Me va a expulsar del cuerpo, mi capitán? —preguntó asustada.

—No, te voy a hacer un regalo. Si tanto te gustan los moros, te voy a poner a trabajar para ellos. Desde esta tarde vas a patrullar en la Cañada de Hidum con el cabo Rivera. ¿Contenta?

—Mucho, mi capitán —contestó Zaida en un tono que estaba muy de lejos de transmitir alegría.

—¡Por tu nuevo trabajo! —Alzó el capitán el vaso de *whisky* con retintín y se lo bebió de un trago.

La agente forzó una sonrisa y se retiró del despacho del oficial, fingiendo que todavía estaba viva y no enterrada en un ataúd de madera. Sin lugar a dudas, cualquiera de los castigos

que había imaginado antes de entrar se quedaron pequeños. Ni ella misma había sido capaz de dibujar un escenario peor que patrullar en la Cañada. Por extraño que pudiera parecer, tenía nostalgia de la vida que llevaba cinco minutos atrás, cuando lo peor que le podía pasar era que la expulsaran de la Guardia Civil.

* * *

Grand Sablon, Bruselas, cuatro y media de la tarde

A horcajadas sobre una pelota de pilates, Julie se esforzaba por fortalecer su suelo pélvico. Le ponía tanto entusiasmo y voluntad que la monitora se vio en la obligación de felicitarla y ponerla como ejemplo para el resto de la clase.

—¡Muy bien, Julie, muy bien! Así es como tenéis que hacerlo.

El resto de alumnas se giró hacia ella con curiosidad. Querían ser testigos de aquello tan especial que eran incapaces de reproducir.

Julie lo pasaba tan mal siendo el centro de atención como no siéndolo. Le gustaba destacar, pero siempre en su justa medida. En realidad, no era una contradicción. Ella disfrutaba del halago, siempre y cuando fuera en privado y merecido, pero le incomodaba la admiración generalizada. O tal vez sí era una contradicción. Qué sabía ella. No era fácil ser Julie Vertoghen las veinticuatro horas del día. Sus fronteras morales eran tan enrevesadas como las escaleras de caracol de su piso. Casi se podría decir que envidiaba el sencillo pragmatismo de la clase obrera. Seguro que Lucrecia no tenía tantos conflictos como ella. Seguro que ella podía mostrar a los demás su teléfono móvil sin tener problemas de conciencia. Sí, sin lugar a dudas, había veces que desearía cambiarse por Lucrecia. No tener que convivir con la presión de ser perfecta. Relajarse. Aceptar lo que la vida le ofrecía. Ser menos exigente. Decididamente, Lucrecia no sabía la suerte que tenía.